

#### RESUMEN

El conocimiento posmoderno plantea retos significativos a los supuestos fundamentales del conocimiento individual, la objetividad y la verdad. En su lugar, encontramos un énfasis en la construcción comunal del conocimiento, la objetividad como un logro relacional y el lenguaje como un medio pragmático a través del cual se constituyen las verdades locales. Aunque estos desarrollos en la comprensión pueden parecer opuestos a la ciencia psicológica, realmente no lo son. Por el contrario, provocan un nuevo rango de preguntas acerca de los potenciales de la investigación tradicional. Estas preguntas se interesan fundamentalmente en el significado de dicha investigación en la vida cultural. Más importante aún, la mirada emergente de la ciencia psicológica abre nuevos y excitantes panoramas de importancia teórica, metodológica y práctica. Las crecientes manifestaciones de movimiento en estas direcciones sugieren la posibilidad de un profundo cambio en la profesión.

A pesar de que el término "posmoderno" ya ha sido empleado en tantas y tan diversas formas que la decadencia y el cliché resultan inmanentes, el término indexa un enorme dominio de diálogos dentro del mundo académico. Han sido centrales para estos diálogos viejos conceptos ("modernistas") como "verdad", "racionalidad", "objetividad", "conocimiento individual", "evidencia" y "progreso científico". Sin importar el lugar en el que uno se encuentre ubicado en los diálogos, resulta difícil involucrarse en la confluencia concatenada y estimulante de ideas,

sin moverse hacia nuevos espacios de entendimiento. Dentro de ciencias sociales vecinas, estos diálogos han tenido un enorme impacto —sobre la metateoría, la teoría, la metodología y la práctica— (véanse las reseseñas de Dickens y Fontana, 1994; Hollinger, 1994; Rosenau, 1992). Los debates son extensos y acalorados, y los desarrollos innovadores se evidencian por todas partes. Sin embargo, posiblemente por su fuerte identificación con las ciencias naturales, los psicólogos han sido lentos en su entrada a estos debates. Sólo hasta la década pasada se han hecho plenamente manifiestos signos vitales. Un breve intercambio en la *American Psychologist* (Smith, 1994; Gergen, 1994a) y los volúmenes editados de Sarbin (1986), Kvale (1992) y Fee (2000), se encuentran entre los casos más visibles. Sin embargo, como espero poder demostrarlo, en un nivel más sutil, varios elementos de la conciencia posmoderna están entrando en el campo de numerosas formas y en localidades remotas. Si vemos el patrón como un todo, comenzamos a discernir las posibilidades para un cambio profundo dentro de la disciplina.

Mi esperanza en el presente artículo es, en primer lugar, traer al centro de atención algunos de los principales supuestos que han servido de apoyo a nuestras tradiciones en la ciencia psicológica, y después, las vías por las que el pensamiento posmoderno puede traernos hacia un espacio nuevo y más positivo de entendimiento. Después de revisar brevemente varias líneas de defensa en contra de estas críticas, he de examinar de manera selectiva el panorama de los desarrollos emergentes. ¿Qué formas de transformación han sido provocadas por las recientes comprensiones emergentes? Aquí me interesaré especialmente en el florecimiento de la investigación intelectual, la revolución en los métodos de investigación y el desarrollo de nuevas formas de práctica. El lector debe estar alerta respecto a varios temas que atravesarán las discusiones: al principio me preocupa que la concepción de la ciencia psicológica que comúnmente se comparte dentro de la disciplina se encuentre históricamente congelada, y está en riesgo por su aislamiento con respecto a las transformaciones intelectuales y globales del pasado medio siglo. Segundo, el dominio del diálogo posmoderno contiene críticas muy sustanciales y de largo alcance de esta tradición; al mismo tiempo, se debe entender que estas críticas no son letales para la ciencia como la hemos conocido. Finalmente, y más importante, si podemos reemplazar la postura defensiva por una participación más productiva en los diálogos posmodernos, la investigación psicológica puede ser transformada en formas que enriquecerán profundamente nuestras labores.

### Los contornos de la psicología moderna

La ciencia psicológica es, como la conocemos hoy, esencialmente un producto de lo que frecuentemente se llama "modernismo cultural". Actualmente existe

una gran cantidad de literatura que analiza la cultura moderna y sus instituciones (Cfr. Berman, 1982; Frisbee, 1985; Harvey, 1989); en este breve espacio sólo puedo reflexionar sobre ciertos temas centrales. En particular, hablaré de tres ingredientes del panorama moderno mundial que resultan fundamentales para las prácticas de uso común en la ciencia psicológica: el conocimiento individual; el mundo objetivo y el lenguaje como portador de la verdad.

#### La centralidad del conocimiento individual

En la historia cultural de Occidente, el "modernismo" típicamente se rastrea hasta el período en el cual nos desplazamos de "la edad oscura" del medievalismo hasta la Ilustración. La Ilustración fue una vertiente histórica, adeudada primariamente con la dignidad que sus eruditos y hombres de Estado otorgaron a la mente individual. Para los pensadores de la Ilustración, dejó de ser necesario inclinarse sin cuestionamientos ante la fuerza totalitaria del decreto real o religioso. Dentro de cada uno de nosotros, se propuso, reside el santuario limitado y sagrado de la mente, un dominio regido por nuestras capacidades autónomas de observación y deliberación cuidadosa y consciente. Sólo mi propio pensamiento, propuso Descartes en 1637, proporciona un fundamento cierto para todo lo demás.

Es esta construcción del siglo XVII de la mente individual —y su desarrollo más profundo en el siglo XVIII— la que sirvió como principal instrumento racional para los comienzos de una psicología sistemática en el siglo XIX. Los efectos fueron dobles: primero, la mente individual llegó a ser un objeto de estudio preeminente, y segundo, el conocimiento de la mente humana se llegó a entender como un logro de las mentes individuales de los investigadores científicos. Si, por una parte, la mentalidad individual es la fuente de toda conducta humana, entonces descifrar los secretos de los procesos mentales es ganar un cierto grado de control sobre la acción humana. En términos de Wilhelm Dilthey (1914), "El nexo de la vida psíquica constituye el dato fundamental, original y primitivo [del estudio científicol... la organización externa de la sociedad y sus lazos con la familia, la comunidad, la Iglesia y el Estado surgen a partir de la red viviente de la mente humana..." (p. 76). Al mismo tiempo, es el investigador individual, dotado de capacidades de observación y racionalidad, el que se encuentra mejor equipado para dicho estudio. Estas suposiciones hermanas continúan sosteniendo la investigación en la psicología contemporánea. Como se sostiene ahora, al revelar los mecanismos de los esquemas cognitivos, el almacenamiento y recuperación de información, las emociones, y demás similares, el individuo científico mejora sus capacidades para predecir y controlar la actividad humana. Armados con el conocimiento científico de estos procesos fundamentales, podemos derivar procedimientos para curar las enfermedades mentales, mejorar la educación, reducir el crimen, erradicar los prejuicios, crear vidas satisfactorias, y así sucesivamente. En efecto, es a través de la indagación sistemática del científico en los estados mentales del individuo que podremos movernos progresivamente hacia una sociedad ideal.

### El mundo como conocido objetivamente

Dentro de la tradición modernista, típicamente se traza una distinción entre el "mundo interno" de la mente y el "mundo externo" material. Dentro de esta metafísica dualista, la importancia dada a la mente individual es sensata, en la medida en que los procesos mentales son ventajosos para nuestras acciones en el mundo. En este sentido, la compañía perfecta para una mente en pleno funcionamiento es un mundo racional y descifrable, que puede ser conocido objetivamente. Es en relación con esto que el trabajo de figuras ilustradas como Isaac Newton y Francis Bacon fue de fundamental importancia. Sus escritos demostraron de manera convincente que si vemos al cosmos como material por naturaleza, compuesto de entidades que se relacionan causalmente, y disponibles para ser observadas por las mentes individuales, entonces se pueden realizar enormes progresos en nuestras capacidades para predecir y controlar. De hecho, la determinación precisa de las relaciones causa-efecto entre los elementos que conforman el mundo es lo que típicamente definimos como conocimiento. Nuevamente, tales visiones del siglo XVIII más tarde fueron registradas en los escritos del siglo XIX acerca de la vida mental (por ejemplo, los trabajos de Wund y Titchener). Hoy continúan reverberando en suposiciones ampliamente compartidas, según las cuales: a) los procesos mentales están disponibles para ser estudiados objetivamente (por ejemplo, existen procesos biológicos en un nivel de abstracción mayor), b) los procesos mentales están relacionados de manera causal con los inputs del ambiente, por una parte, y con las consecuencias comportamentales, por otra, y c) el método experimental es superior a todos los demás en su habilidad para captar estas relaciones causales.

# El lenguaje como portador de la verdad

Existe una tercera creencia moderna que moldea nuestra disciplina. Comparada con las historias sobre el conocimiento individual y el ordenamiento material del mundo, fue de menor importancia para los pensadores modernos. Sin embargo, ha mostrado ser de gran importancia, a medida que nos movemos

hacia las potencialidades de la posmodernidad. En este caso, el énfasis recae sobre la función del lenguaje, tanto en la ciencia como en la cultura en general. John Locke (1689) capta la mirada ilustrada del lenguaje. Nuestras palabras son, de acuerdo con Locke, "signos de las concepciones internas". Se presentan como "marcas externas de las ideas dentro de la mente (individual), mediante las cuales se pueden dar a conocer a los otros, y el pensamiento de la mente del hombre puede ser transmitido de una a otra" (p. 212). Por tanto, si la mente individual adquiere conocimiento del mundo, y el lenguaje es nuestro medio para expresar el contenido de la mente a otros, entonces el lenguaje se convierte en el portador de la verdad. De la misma forma, hoy, como científicos, tratamos al lenguaje (incluido el lenguaje numérico) como el medio principal a través del cual informamos a nuestros colegas y a nuestra cultura acerca de los resultados de nuestras observaciones y nuestro pensamiento. En efecto, usamos al lenguaje para reportar la naturaleza del mundo tal como la vemos, y luego estos reportes son sometidos a falseación o verificación, a medida que otros los ponen a prueba con sus observaciones. El resultado de la observación sistemática y colectiva, entonces, debe ser un arreglo de palabras y explicaciones que encajan o que calcan al mundo tal como es.

#### LAS VOCES EMERGENTES DE LA POSMODERNIDAD

Como lo sugerimos, estos tres temas modernos —enfatizar la mente individual, un mundo cognoscible objetivamente y el lenguaje como portador de la verdad— son los pilares de la ciencia psicológica tradicional. Sin embargo, las críticas a los supuestos modernos son ahora tema de discusión en cada rincón de las ciencias y humanidades. Muchas de ellas se han enfocado particularmente en la concepción tradicional del conocimiento científico (Cfr. Kuhn, 1970; Lyotard, 1984; Rorty, 1979; Poovey, 2001). En vez de abordar toda la gran cantidad de temas relevantes para nuestra disciplina, este espacio sólo nos permite presentar breves recuentos de las principales transformaciones que han tenido lugar en los tres ejes de razonamiento que acabamos de subrayar. Al apreciar estas transformaciones también alistamos el escenario para explorar la enorme promesa de la psicología en el nuevo siglo.

# De la razón individual a la retórica comunal

Mientras que la fe en el conocimiento individual reside en algún lugar próximo al centro de la visión moderna del mundo, los textos posmodernos encuentran

que el concepto de racionalidad individual es profundamente problemático, si no opresivo, en su funcionalidad. Sus problemas se demuestran de manera más clara en el caso de las críticas retórica y literaria a la razón individual (Cfr. Derrida. 1976; Myerson, 1994). Consideremos nuevamente el supuesto modernista según el cual el lenguaje es expresión de la racionalidad que uno tiene acerca del mundo. Tal como lo han demostrado los teóricos literarios y semióticos, el lenguaje es un sistema en sí mismo, un sistema que a la vez precede y sobrevive al individuo. Por tanto, hablar como un agente racional es participar en un sistema que va está constituido; es beber de géneros ya existentes, o apropiarse de formas de hablar (y de la acción relacionada) que ya tienen un puesto. En este sentido, la racionalidad privada es una forma de participación cultural que simplemente ha sido removida de las exigencias inmediatas de las relaciones. ¿Cómo podríamos deliberar privadamente acerca de cuestiones como la justicia, la moralidad, las estrategias óptimas de acción, por poner ejemplos, sino es a trayés de los términos de la cultura pública? (Véase también Sandel, 1982). Al aplicar esto al dominio del conocimiento científico, vemos que el científico individual sólo es "racional" si adopta los códigos del discurso común de su comunidad científica particular. En efecto, la racionalidad científica se obtiene a través de privilegiados usos locales del lenguaje (Nelson, Megill y McCloskey, 1987; Simons, 1990).

El potencial opresivo inherente a la visión moderna de la racionalidad individual se visibiliza más en las críticas feministas y multiculturales, junto a los escritos acerca de los efectos colonizadores del lenguaje (Lutz, 1996; Bohan y Russell, 1999; Foucault, 1980). Como lo han conjeturado varios, existen jerarquías de racionalidad dentro de la cultura. Algunos individuos son juzgados como seres más racionales y, por tanto, más dignos de liderazgo, posición social y riqueza que otros. Un aspecto interesante es que aquellos que ocupan estas posiciones son sistemáticamente extraídos de un sector mínimo de la población (en Estados Unidos, típicamente, los hombres blancos. Categorías como "mujer" o "negro" frecuentemente se asocian a ser irracional o emocional). En efecto, mientras que los argumentos de la Ilustración han sido exitosos desbancando el poder totalitario de la corona y la cruz, ahora han dado lugar a nuevas estructuras de poder y dominación. Y si el ejercicio de la racionalidad es, después de todo, un ejercicio en el lenguaje, si las descripciones y explicaciones convincentes son, después de todo, retóricamente constituidas, entonces no hay medios últimos para justificar una forma de racionalidad, descripción o explicación sobre otra. Si tales justificaciones se ofrecieran, también demostrarían ser ejercicios hechos en convenciones lingüísticas. En efecto, la idea misma de "razón superior" actualmente funciona de manera injustificada para excluir a mucha gente de los corredores de la toma de decisiones.

Sin embargo, las implicaciones del diálogo posmoderno nos llevan más allá de la crítica. Cuando esta variedad de ideas se vincula a los nacientes argumentos en la historia de la ciencia y la sociología del conocimiento, encontramos que está surgiendo una visión mucho más prometedora de la racionalidad humana. Consideremos de nuevo el rol del lenguaje en la vida cultural. El lenguaje es inherentemente un producto del intercambio humano. No puede haber un "lenguaje privado" (Wittgenstein, 1953); no tendría sentido hablar usando un sistema de símbolos de propiedad mía. O, como diríamos los psicólogos, dicho lenguaje sería una forma de autismo, posiblemente un síntoma esquizofrénico. El lenguaje viable, entonces, depende de la coordinación común: es un evento fundamentalmente relacional. Tener sentido —o ser racional— es inherentemente una forma de participación comunal. Esta visión nos invita a vernos a nosotros mismos no como átomos aislados y en competencia, sino como seres fundamentalmente interdependientes. Retornaremos a este problema en breve.

# De un mundo objetivo a uno construido socialmente

Para los modernos, el mundo simplemente está "allá afuera" disponible para ser observado. Dentro de los textos de la posmodernidad, sin embargo, no existen bases para dicho supuesto. No hay medios para declarar que el mundo está "allá afuera" o que está reflejado objetivamente "aquí". Para hablar de "mundo" o "mente", se requiere del lenguaje. Palabras como "materia" y "proceso mental" no son espejos del mundo, sino constituyentes de los sistemas del lenguaje. Hablar, entonces, de "mundo material" y "relaciones causales" no es describir de modo exacto lo que existe, sino participar de un género textual: beber de un inmenso repositorio de inteligibilidades que constituyen una tradición cultural particular. O para ampliar mis comentarios anteriores, la visión de los seres humanos como constituidos por mecanismos universales (cognitivos, emocionales, etcétera), relacionados causalmente con antecedentes ambientales y consecuencias comportamentales, no se deriva de "lo que es el caso". Más bien, esta concepción de la persona es el resultado de una tradición particular, que incluye tanto sus géneros lingüísticos como las instituciones en las cuales están inmersos. Por sí misma, esta concepción de la persona no puede ser verificada o falseada a través de la observación; más bien, una preestructura lingüística resulta esencial para dirigir e interpretar cualquier observación que hagamos.

En este sentido, lo que tomamos como "lo real", lo que consideramos como verdad transparente acerca del funcionamiento humano es un subproducto de la construcción comunal. Lo cual no quiere decir que se esté ofreciendo alguna

100

forma de solipsismo lingüístico o reduccionismo; ni que "nada existe por fuera de nuestras construcciones lingüísticas". Lo que sea que existe simplemente existe, sin importar nuestras prácticas lingüísticas. Sin embargo, una vez que comenzamos a describir o explicar lo que existe, inevitablemente procedemos a partir de una preestructura de inteligibilidad compartida. Podemos estudiar sin problema la emoción de la "rabia", por ejemplo, porque tenemos una larga tradición que cataloga las acciones de las personas de esta forma. Sin embargo, estaríamos mal equipados para comenzar a investigar sobre Atman, liget, o fago porque estos términos de otras culturas son, en general, ininteligibles para los hablantes occidentales. Cuando describimos "la esencia" de la mente individual siempre estamos hablando desde alguna tradición. Lo cual no quiere decir que nuestras descripciones y explicaciones no puedan someterse a correcciones o alteraciones a través de la observación. Los hallazgos investigativos ciertamente pueden confirmar o no nuestras teorías. Sin embargo, estas correcciones o alteraciones sólo pueden ser obtenidas por medio de un arreglo de acuerdos o convenciones preexistentes. Una vez que llegamos a un acuerdo sobre lo que constituye una observación, el lenguaje que debemos usar para describir y explicar, lo que contará como método de estudio, y cosas similares, podemos entonces dedicarnos a la tarea de "probar" una explicación dada acerca del mundo. Podemos corroborar hipótesis acerca de la rabia, por ejemplo, pero sólo a partir de un conjunto de acuerdos que ya están en su lugar. Si otros no pueden acceder a estos acuerdos, entonces "la evidencia" será insignificante para ellos. Esto es así en el caso de las ciencias naturales y en de las prácticas espirituales. Ambas constituyen tradiciones de entendimiento; entre sus diferencias principales están las normas de acuerdos que aceptan (ontologías, epistemologías, éticas) y el tipo de resultados que brindan a la cultura. La importancia de los resultados se vuelve prominente en una tercera transformación posmoderna.

# Lenguaje: de la imagen verdadera a la práctica pragmática

Como lo sugerimos, el posmodernista propone que el lenguaje no es hijo de la mente sino de los procesos culturales. También, que las propias descripciones del mundo no son expresiones exteriores de un espejo interior de la mente, es decir, reportes externos de las "observaciones" o "percepciones" internas. Ni lo que reportamos en nuestras revistas y libros, en el nivel de lo científico, es un reflejo o mapa que se corresponde con los contornos de la naturaleza. Más bien, nuestros lenguajes de descripción y explicación se generan dentro de nuestras relaciones —entre nosotros y con el mundo—. De nuevo, siguiendo el trabajo tardío de Wittgenstein (1953), el lenguaje no gana su significado a partir de apuntalamientos

mentales o subjetivos, sino de su uso en la acción. O, para enfatizar el importante lugar de las relaciones humanas en los escritos posmodernos, el lenguaje gana su significado dentro de formas continuas de interacción, dentro de "juegos del lenguaje", como los llamó Wittgenstein. "Decir la verdad", de acuerdo con esta exposición, no es formar una imagen exacta de "lo que realmente pasó", sino participar en un conjunto de convenciones sociales, una forma de poner las cosas aprobadas dentro de una "forma de vida" dada. "Ser objetivo" es jugar con las reglas de una tradición específica de prácticas sociales. Como ilustración, términos como "strike", "entrada" y "cuadrangular" ganan su significado en las prácticas que constituyen el juego del béisbol. Uno puede ser bastante preciso determinando si un "cuadrangular" ha ocurrido dentro de la práctica del juego; pero por fuera de la cancha el término sólo funciona metafóricamente, si es que lo hace en alguna medida. Para decirlo más ampliamente, el lenguaje es constitutivo del mundo, ayuda a generar y/o sostener ciertas formas de práctica cultural. En este sentido, hacer ciencia no equivale a sostener el espejo de la naturaleza, sino a participar activamente en las convenciones y prácticas interpretativas de una cultura particular. La pregunta principal que se debe realizar acerca de las explicaciones científicas y las prácticas en las que están inmersas, entonces no es si "dicen la verdad acerca de la naturaleza", sino qué tienen para ofrecer, a la cultura en general. Las verdades locales de las culturas científicas son esenciales para sostener sus tradiciones; pero presumir que lo local es universal no sólo es arrogante; prepara el escenario para el conflicto y el silenciamiento mortal. En breve retornaré a las implicaciones de esta visión.

#### LA POSMODERNIDAD CUESTIONADA

Para muchos psicólogos estas líneas de pensamiento son bien entendidas y apreciadas; otros se aproximan a estas ideas con reserva crítica (Parker *et al.*, 1998; Held, 1996; Nightengale y Cromby, 1999). Antes de explorar las implicaciones positivas del posmodernismo, resultará útil expresar tres de las principales críticas.

En primer lugar está el angustiado grito de los realistas, tanto materiales como psicológicos. Como categóricamente lo objetan los realistas materialistas, "Pero hay un mundo allá afuera. No se puede negar la realidad del cuerpo humano, la muerte, o que el mundo está alrededor". Y como lo añade el realista con preocupaciones políticas, si aceptáramos que la opresión, la injusticia y el poder son construidos socialmente, no sólo perderíamos el objetivo de la crítica social sino que contribuiríamos a la miseria del *statu quo*. Como afirma el realista

psicológico, negar la realidad de los procesos mentales es destruir completamente la disciplina. Y el psicólogo humanista añade que negar la realidad de la experiencia individual y el agenciamiento humano es destruir los fundamentos morales de la sociedad. Ciertamente, éstas son críticas poderosas, y la presente respuesta sólo puede mencionar los resultados de las réplicas existentes (véanse, por ejemplo, Edwards, Ashmore y Potter, 1995; Gergen, 1994b, 2001). Por ahora, es importante señalar que dichas críticas son expedidas desde una sensibilidad moderna en la que el término "real" desmpeña un rol constitutivo y fuerte. Sólo lo real es merecedor de ser estudiado, reformado o revolucionado. Por el contrario. los posmodernos proponen que los argumentos acerca de lo que es "realmente real" son fútiles. No hay medios para trascender las tradiciones culturales y hacer tal ensayo. Más aún, en las condiciones globales presentes - en las que las culturas chocan crecientemente y los movimientos sociales pueden ser organizados con gran rapidez—, tomar partido acerca de lo que en últimas es lo "real" (o "verdadero" o "moral") resulta cada vez más peligroso. En un mundo en el que existen concepciones en conflicto de estas verdades, los compromisos fuertes provocan intensos conflictos e intentos frecuentes de erradicar a aquellos que representan una amenaza.

Al mismo tiempo, proponer que vivimos en un mundo socialmente construido no lo hace un mundo con menos importancia. La conciencia de la constitución cultural de mis emociones, por ejemplo, no las vuelve nulas ni inválidas. Comprender que el valor que yo pongo en la igualdad humana es un fruto de la tradición occidental no significa que yo abandone dicho valor. Saber que un cuadrangular sólo es parte de un juego no disminuye el suspenso cuando se están corriendo las bases. Sin embargo, una vez consciente de la contingencia cultural de mi ontología y valores, adquiero un cierto grado de humildad. Estoy preparado para un diálogo más abierto acerca de estas materias, especialmente con aquellos que no comparten mis supuestos. Muchos aceptarían, por ejemplo, que la muerte es real e inexorable. Sin embargo, si lo que entendemos por esta realidad simplemente es "el fin del funcionamiento biológico", empobreceremos al evento en términos del rico legado de significado disponible para nosotros, un legado que puede ser vital en momentos en los que la búsqueda de sentido es intensa (Neimeyer, 2001). Es en el compromiso ilimitado con una forma particular de definir "lo real" que nos convertimos en sordos, que los diálogos cesan y que descendemos hacia el fin del significado.

La segunda crítica importante a los argumentos posmodernos es una extensión de las primeras diatribas filosóficas contra el escepticismo. El argumento puede tomar muchas formas, frecuentemente con el siguiente tono: "Usted afirma

que no hay verdad, no hay objetividad, no hay conocimiento sin sesgos de valor y no existe una lógica universal. Y, sin embargo, afirma que sus argumentos son verdaderos, lógicos, objetivos e independientes. Sus propuestas son, por tanto, incoherentes, y se basan precisamente en aquello que atacan". Hay muchas réplicas a dichas críticas al escepticismo (Gergen, 1994b, Smith, 1997), pero por el momento dejemos que baste lo siguiente: el tipo de construccionismo posmoderno al que me inclino no realiza aseveraciones acerca de la verdad, la objetividad, la universalidad o la superioridad moral de su propia posición. Por cierto, se presentan ciertos argumentos del tipo tradicional (por ejemplo, siguen ciertas convenciones de los argumentos racionales, hacen referencia a una realidad asumida, etcétera), pero no para impresionar con la estampa de la verdad. Sólo para tomar parte en una práctica cultural de creación de sentido. Muy difícilmente podría uno pararse afuera de la propia tradición y continuar comunicándose efectivamente. Y lo más importante: uno no debería confundir la forma de los argumentos construccionistas con su función. El objetivo de estos argumentos no es generar otra "filosofía primera" o fundamento para reemplazar todo lo que le ha precedido ---por ejemplo, dar muerte al empirismo lógico---. Construir las propuestas en esta forma sería darles una lectura modernista. Cuando entramos en los diálogos posmodernos, comenzamos a mirar a dichos argumentos de acuerdo con su capacidad pragmática. ¿Qué logran en la vida cultural?, ¿qué instituciones protegen?, ¿cuáles silencian?

Este último énfasis en el resultado pragmático es particularmente importante a la luz de una crítica final al posmodernismo, que no surge de la tradición empirista sino de enclaves dentro de la psicología que se encuentran más comprometidos política y moralmente. Aquí los críticos toman al construccionismo posmoderno como abogando por el llamado "relativismo moral" ---su falta de no tomar una postura acerca de lo que es justo, bueno o valioso en la vida cultural-... Desde mi punto de vista, muchas de estas críticas rozan con la ausencia de sinceridad, porque no es la falta de compromiso lo que típicamente lamentan, sino la falta de compromiso con el punto de vista particular de la crítica (por ejemplo, marxista, humanista, feminista). Al mismo tiempo, muchos de los involucrados en los diálogos posmodernos, de hecho, apoyan causas morales y políticas (Cfr. Bohan y Russell, 1999; Hepburn, 2000). No hay nada acerca de la orientación emergente que abogue por la destrucción de nuestras tradiciones —de valores científicos o humanos-. La ventaja del construccionismo posmoderno es que no busca implantar estos compromisos en la forma de algún fundamento, de una base segura sobre la cual se pueda ver a los otros como trascendentalmente equivocados o malos. Precisamente, son estos compromisos inflexibles los que invitan al silenciamiento de los otros —desde las formas sutiles de exclusión hasta las tecnologías del genocidio—. Es en este ámbito que el contexto posmoderno ha dado lugar a un campo de exploraciones en formas de diálogos, permitiendo hablar a los que de otra forma serían bandos hostiles de gente comprometida, en formas que pueden atravesar las fronteras de las diferencias (Cfr. Chasin *et al.*, 1996; Cooperrider y Whitney, 2000). Cuando comprendemos los valores como situados histórica y culturalmente, estamos más preparados para involucrarnos en el tipo de diálogos a partir de los cuales pueden surgir nuevas y más viables constelaciones de significado.

#### Promesas de una psicología posmoderna

Hasta ahora he esbozado brevemente los supuestos modernistas centrales en la ciencia psicológica y explorado las principales críticas y revisiones a estos supuestos. Como lo indiqué al principio, las líneas de crítica posmoderna son sustanciales. Prácticamente transforman el panorama de la vida intelectual y sus resonancias ahora ondulan a lo largo de la cultura occidental y alrededor del globo. Sin embargo, como muchos son conscientes, mientras que el modernismo como movimiento cultural ha estado sujeto a críticas extensas y elaboradas, ha habido muy poco interés en futuros más promisorios. En este sentido, uno podría incluso decir que gran parte de la crítica al modernismo ha sido irresponsable. Se ha contentado demasiado con aporrear las tradiciones existentes y se ha preocupado muy poco por las repercusiones. Sin embargo, desde mi punto de vista, las revisiones nacientes de las concepciones acerca del conocimiento, la objetividad y la verdad albergan ricos potenciales. Cuando las implicaciones positivas de las discusiones posmodernas se extienden más plenamente, encontramos razones para un incremento profundo en las actividades de la profesión psicológica y su contribución potencial al mundo. No creo que estas posibilidades sean simplemente fantasías ociosas. En lo que queda de este ensayo, continuaré delineando varios puntos de partida significativos de la psicología en el contexto posmoderno. Al hacerlo, también hablaré de los desarrollos promisorios de la actualidad.

# La ciencia empírica en un contexto posmoderno

Primero debemos tratar la tradición dominante —la investigación empírica dedicada a probar hipótesis típicamente de alcance universal—. ¿Qué será de su futuro en un contexto posmoderno? Aquí es esencial señalar que, siendo altamente cuestionadoras —sobre bases tanto conceptuales como ideológicas—, no hay nada dentro de las críticas posmodernas que resulte letal para esta tradición. Como lo

he señalado, las críticas posmodernas no tienen ellas mismas un fundamento; constituyen voces importantes pero no últimas. La psicología empírica representa una tradición de discursos, prácticas y políticas con tanto derecho a sostenerse como cualquier otra tradición. El objetivo de la crítica posmoderna, desde mi punto de vista, no es aniquilar la tradición sino darles a todas las tradiciones el derecho a participar dentro de los diálogos que se desarrollan.

Sin embargo, los críticos posmodernos piden a los investigadores empíricos que rindan cuentas más pragmáticas de sus esfuerzos. ¿En qué formas la investigación psicológica beneficia a la humanidad y en detrimento de qué? Con esto no se está pidiendo la respuesta tradicional: la psicología empírica genera el conocimiento básico acerca de la mente y el comportamiento. Desde el estratégico punto de vista posmoderno, el conocimiento sólo es tal dentro de una tradición. Las preguntas importantes guardan relación con el valor que la tradición local de investigación tiene para las culturas que conforman la sociedad en general. Aquí nos vemos conducidos hacia preguntas más pragmáticas acerca del valor de las teorías, las prácticas y los hallazgos tradicionales. A medida que las teorías psicológicas se exportan a la cultura en general, ¿cuáles son las repercusiones en la vida cultural? Cuando sostenemos que los ingredientes primordiales de la mente son cognitivos, cuando vemos al comportamiento como genéticamente preparado, cuando distinguimos entre la patología y la normalidad, ¿cuáles puertas abrimos dentro de la cultura y cuáles cerramos? Por ejemplo, ¿el reciente énfasis en la psicología positiva (véase el volumen especial sobre el tema de la American Psychologist, enero de 2000) acaso no es menos promisorio para la cultura que el enfoque tradicional en el déficit? ¿Acaso la vida cultural no se maximiza en mayor medida cuando nos enfocamos en las posibilidades positivas que cuando lo hacemos sobre todas las posibles fallas? La psicología también ha amasado una sofisticada selección de métodos para generar predicciones. Sin embargo, la pregunta principal es: ¿qué utilidad tienen para nuestra cultura, por fuera del laboratorio, nuestras formas de predicción? Por ejemplo, desde mi punto de vista, el tipo de predicciones que se buscan dentro del campo de la psicología de la salud (con variables dependientes de consecuencias vitales o mortales) puede ser bastante valioso para mucha gente en la cultura. Soy mucho menos optimista acerca de las predicciones acerca de comportamientos artificial y culturalmente aislados, frecuentemente usados para probar hipótesis abstractas acerca del funcionamiento mental. La pregunta no es si dichas hipótesis son verdaderas o falsas en un sentido último, sino si las predicciones particulares tienen alguna utilidad por fuera del juego de verdad local. Como lo veo, un empirismo posmoderno reemplazaría el "juego de verdad" con una búsqueda de teorías y hallazgos culturalmente útiles y con un importante sentido cultural.

Un empirismo efectivo requiere de una postura de pragmatismo informado de la cultura, la ética y la política.

Esto no es todo lo que podemos anticipar acerca de la investigación del tipo tradicional. Las demostraciones empíricas pueden traer a la teoría abstracta el tipo de vida que ilumina apreciaciones de su construcción particular del mundo. Las teorías del condicionamiento operante entran en actividad, por ejemplo, cuando uno observa al investigador condicionar el picoteo de una paloma. Más aún, la investigación puede incitar la discusión pública sobre asuntos de importancia política y moral. Así sucedió con las primeras investigaciones acerca de la conformidad (Asch, 1956) y la obediencia (Milgram, 1974), así como con la investigación actual acerca de la forma en que los estereotipos pueden afectar el desempeño intelectual de mujeres y afroamericanos (Steele, 1997). En ninguno de estos casos estamos hablando de descubrir la verdad trascendente, sino más bien de los psicólogos como participantes culturales efectivos. Al mismo tiempo, sin embargo, las fuertes promesas de la psicología en el contexto posmoderno no se derivan del tipo de afinamiento de la tradición moderna que se acabó de discutir. En cambio, creo que las ganancias profundas se localizan en las adiciones a la agenda actual. La invitación posmoderna es a expandir nuestros potenciales, y desde mi punto de vista, los panoramas son excitantes y promisorios. Aquí he de tratar — muy brevemente — las anticipaciones y comprensiones emergentes dentro de los dominios del enriquecimiento intelectual, el florecimiento metodológico y la profusión de nuevas prácticas.

#### La vitalización de la vida intelectual

En la tradición moderna se nos enseñó a aceptar nuestras órdenes de movilización de la realidad: observar el mundo por lo que es y reportarlo consecuentemente. En efecto, el mundo sirve de progenitor último de nuestras palabras. En el contexto posmoderno se revierte el énfasis. El mundo no habla a través de nosotros. Más bien, lo que "encontramos" dependerá en gran medida de los paradigmas teóricos y metateóricos ya aceptados. Lo que cuenta como dato significativo para el cognitivista no lo es para el psicoanalista, el conductista o el fenomenólogo. Esta reversión en el énfasis —del mundo como dado a nuestra interpretación del mundo— restablece en la psicología una tradición en gran riesgo: la de la reflexión intelectual. En un sentido amplio, sólo en la medida en que expandamos y enriquezcamos el dominio de deliberación teórica será posible que movamos las inteligibilidades culturales más allá de los lugares comunes y que ampliemos el alcance y los potenciales de la investigación. Los dominios de expansión y

enriquecimiento son varios y, desde mi punto de vista, hay importantes signos de vida en cada uno.

Deliberación reflexiva. La ciencia psicológica ha estado dedicada durante mucho tiempo a una postura de neutralidad valorativa. Esta postura se ha refugiado en la creencia de que los hechos pueden ser separados de los valores, y el resultado ha sido una evitación generalizada de los debates de importancia moral y política en el área. Para parafrasear el sentimiento dominante: "Haz política en tu tiempo libre; la ideología no tiene lugar dentro de la ciencia". En el contexto intelectual posmoderno, la distinción entre hechos y valores se disipa. Pese a que uno puede llevar a cabo investigaciones desde una postura de valores neutrales, la teoría, los hallazgos científicos y los métodos pueden entrar en la vida cultural como "inteligibilidades autoritativas". Por tanto, todas las distinciones teóricas que hacemos (por ejemplo, entre procesamiento de información rápido versus lento), los hallazgos que reportamos (por ejemplo, que las personas mayores son inferiores en el procesamiento de información) y los métodos de investigación que favorecemos (por ejemplo, donde la manipulación y el control son claves para "el entendimiento adecuado") entran en la sociedad como inteligibilidades guía con capacidad de alterar la vida cultural para bien o para mal, de acuerdo con algún estándar. Evitar estos problemas no sólo resulta miope sino irresponsable. Si nuestras inteligibilidades favorecen ciertas formas de vida a la vez que posiblemente destruyen otras, entonces resulta esencial que desarrollemos un programa robusto de reflexión ética, política y conceptual. ¿A quién estamos ayudando y a quién perjudicando cuando distinguimos entre los inteligentes y los no inteligentes, lo patológico y lo normal, los prejuiciosos y los no sesgados?, ¿qué forma de cultura estamos creando cuando vemos la explotación, la infidelidad y la violación como acciones masculinas biológicamente predispuestas? Este tipo de preguntas merecen un escrutinio cuidadoso y preocupado de nuestra parte, los que nos desempeñamos en la disciplina, no en calidad de reflexiones posteriores, sino de preludio a la investigación.

A este respecto, hay razón para sentirnos animados. La crítica feminista de las pasadas dos décadas ha establecido un precedente poderoso y sofisticado (por ejemplo, Haré-Mustin y Marecek, 1990; Morawski, 1994; M. Gergen y Davis, 1997). La creación de las divisiones APA sobre cuestiones étnicas y de minorías, sobre cuestiones de gays, lesbianas y bisexuales, y sobre psicología internacional, alienta a compartir más ampliamente este mismo tipo de reflexiones. Al mismo tiempo, existe un crecimiento uniforme en el volumen de la literatura política y ética reflexiva dentro del campo en general, una literatura que examina las numerosas formas en que la investigación psicológica puede afectar negativamente

la vida cultural (véase, por ejemplo, Parker et al., 1995; Prilleltensky, 1994; Ibanez y Iniguez, 1997). La primera conferencia internacional sobre psicología crítica se llevó a cabo en Sydney, Australia, el año pasado. El primer volumen del *International Journal of Critical Psychology* es inmanente. Este trabajo también comienza a abrir mayores horizontes: se invita a los psicólogos a centrar su atención crítica más allá de la disciplina, a tratar problemas políticos y valorativos más ampliamente dentro de la cultura (Cfr. Walkerdine, 1989; Apfelbaum, 2000). En las condiciones posmodernas, los análisis apasionados de las condiciones sociales existentes se convierten en opciones legítimas y deseables para el profesional.

Sin embargo, la reflexión ética y política también debe ir acompañada de astutos análisis conceptuales. Debemos estar preparados para pararnos por fuera de nuestras teorías y preguntar acerca de sus propiedades —por ejemplo, su coherencia, circularidad—, y la medida en que nuestras explicaciones se suman a los vocabularios de comprensión cultural (por oposición a la recirculación de supuestos viejos y desgastados). De nuevo, ahora se está acumulando una literatura (por ejemplo, Smedslund, 1988; Westmeyer, 1989; Tolman et al., 1996) y el currículo en psicología teórica está comenzando a incrementarse en número y sofisticación. Los argumentos de Slife y Williams (1997) a favor de una especialidad subdisciplinar en psicología teórica son oportunos y convincentes. Al mismo tiempo, a pesar de que una deliberación crítica podría sumar una dimensión vitalizadora a nuestro trabajo futuro, sería una circunstancia infeliz que simplemente asignáramos la tarea a un grupo de especialistas. Los diálogos aquí deberían ser amplios e integradores. No deberían ser nihilistas en sus intenciones. El objetivo de las críticas no debería ser el de terminar tradiciones o prácticas sino el de ayudarlas a evolucionar en formas que integren más plenamente las voces de la disciplina y de nuestros constituyentes, y el de contribuir a los recursos intelectuales del mundo.

Restauración y revitalización histórica En cierto sentido, la psicología es una disciplina cruel; guiada por las imágenes del progreso del conocimiento, todo lo que actualmente está vivo se mueve constantemente hacia la oscuridad. La investigación que se condujo una década atrás prácticamente queda confinada en el baúl. Por el contrario, dentro del contexto posmoderno, todo lo sólido no necesita desvanecerse en el aire. En cambio, las perspectivas teóricas constituyen recursos discursivos. Como tales, enriquecen nuestras prácticas, tanto en la profesión como, de modo general, en la sociedad. Por tanto, a medida que expandimos estos recursos discursivos también ganamos flexibilidad innovadora y un mayor potencial para actuar efectivamente, tanto en lo que respecta a las prácticas disciplinarias como dentro de la cultura en general. En este sentido,

debemos luchar por sostener la vitalidad de nuestras primeras tradiciones; así mismo, cuestionarlas para enriquecerlas y revitalizarlas a la luz del contexto cultural contemporáneo. Un excelente ejemplo de este tipo de restauración se puede encontrar en la teorización psicoanalítica, en tanto que se ha movido desde una estricta profundidad u orientación psicodinámica hasta la incorporación de preocupaciones por los procesos narrativos, del lenguaje y relacionales (Cfr. Spence, 1982; Mitchell y Aron, 1999). También ha habido un renacimiento importante en la teorización hermenéutica y fenomenológica, estimulado por los diálogos posmodernos, cuyo resultado ha sido el fortalecimiento de las propuestas innovadoras y retadoras (Cfr. Martin y Sugarman, 1999; Richardson, Fowers y Guignon, 1999). Dichos esfuerzos ahora deben ser extendidos en nuevas direcciones.

Este tipo de revitalización histórica también debe ir acompañado de análisis sobre las condiciones históricas que han dado lugar a varias concepciones de la mente. ¿De qué manera nuestras concepciones de la vida mental llegaron a ser lo que son?, ¿qué funciones desempeñaban dentro de la vida cultural?, etcétera. Dichos análisis resultan fundamentales para aclarar la función que actualmente cumplen las concepciones de la mente en nuestra cultura. Los psicólogos ahora se unen a los historiadores en esta labor y el resultado es una literatura sustancial sobre la génesis y transformación histórica de la rabia, el desarrollo del niño, la aburrición, el sentido del olfato, el concepto de un sí mismo independiente, y demás. La revista que tal vez es clave en este dominio, History of the Human Sciences, también está floreciendo.

Diálogo intercultural. Los diálogos posmodernos agudizan nuestra conciencia sobre la ubicación histórica y cultural de la tradición empirista en la psicología. Lentamente, nos hemos hecho conscientes de que los supuestos que hemos tomado por dados acerca de la vida mental, junto con nuestros métodos de exploración, están saturados de valores occidentales y van de la mano de una ontología y una epistemología excepcionalmente nuestras. Vemos, por ejemplo, que los conceptos de la emoción y la cognición —junto con los métodos experimentales y valores científicos de predicción y control— son subproductos de la tradición occidental. Por cierto, hay mucho que apreciar dentro de esta tradición. Sin embargo, los diálogos posmodernos sugieren un cierto grado de humildad a este respecto; las tendencias universalizadoras se aproximan al neocolonialismo. Más aún, provocan diálogos interculturales, en donde los conceptos de la persona y el conocimiento mismo, junto con los métodos y las prácticas, son intercambiados apreciativamente. La psicología occidental está a la espera de ser enriquecida vitalmente, por ejemplo, por la nueva literatura

sobre la psicología asiática e hindú (Cfr. Sugiman *et al.*, 1999; Paranjpe, 1998). Del mismo modo, los movimientos hacia una psicología autóctona abren las puertas a nuevas metodologías y prácticas.

Tal vez, el movimiento más visible hacia el diálogo intercultural se ha llevado a cabo con el surgimiento de la psicología cultural (Cfr. Bruner, 1990; Cole, 1996). En este caso, los investigadores exploran la posibilidad de que el funcionamiento psicológico esté significativamente arraigado en el medio cultural. Por tanto, a diferencia de los supuestos universalistas que guían a la psicología de carácter moderno, los psicólogos proponen que las concepciones mismas del yo, la cognición, la emoción, etcétera, han nacido dentro de tradiciones culturales (Cfr. Markus y Kitayama, 1991; Valsiner y Van der Veer, 2000). A este respecto, ha sido bastante bienvenida la revista *Culture and Psychology*. Las implicaciones de estas discusiones son de profunda importancia para la disciplina.

Creación de inteligibilidades funcionales. Uno de los panoramas más significativos que han abierto los diálogos posmodernos es la refiguración de los potenciales teóricos. Si nuestras descripciones y explicaciones del mundo no han sido exigidas por la naturaleza misma del mundo, entonces nos liberamos de las cadenas de lo que se toma por dado. Más importante aún, estamos invitados a una postura de creatividad teórica. Como científicos, nos vemos liberados de nuestra tarea de sostenes del espejo del "mundo tal como es"; y somos retados a articular concepciones nuevas y potencialmente transformadoras. Nuestra tarea no es simplemente describir lo que existe actualmente, sino crear inteligibilidades que puedan promover mundos por venir. Metafóricamente, nuestra función cambia de copista a poeta. En cierta medida, a su voluntad de funcionar poéticamente se puede atribuir la importancia de Freud, Skinner y Piaget. A través de su imaginación interpretativa, fueron capaces de forjar nuevos mundos de inteligibilidad, mundos que pudieron ser apropiados útilmente (para bien o para mal) por la cultura del entorno. Gran parte del mismo espíritu habita ahora en conceptos innovadores como "proceso proteico" (Lifton, 1993), "fluio" (Csikszentmihalyi, 1990) y "sabiduría" en el envejecimiento (Baltes y Staudinger, 2000).

En los trabajos recientes que intentan reformular procesos psicológicos en términos relacionales se encuentra una ilustración más extensa del impulso creativo en acción. El punto de vista tradicional acerca de los procesos psicológicos o los mecanismos "en la mente" crea una visión de la sociedad en la que los individuos funcionan como mónadas aisladas, autocontenidas, y competitivas (Sampson, 1993). Poniendo en movimiento una visión más colaborativa de la vida humana,

un nuevo dominio de trabajo nos pide que consideremos los procesos psicológicos como constituidos dentro de las relaciones. Como hemos visto, por ejemplo, en vez de concebir al pensamiento como un proceso psicológico que precede al lenguaje, podemos definir la racionalidad en términos del uso del lenguaje mismo. En efecto, la racionalidad es creada conjuntamente dentro del diálogo (Cfr. Billig, 1987). En vez de sostener que las actitudes son determinantes subyacentes de la acción, una actitud puede ser equiparada a la toma de una postura particular dentro de una conversación (Potter y Wetherell, 1987). El sí mismo, en este caso, es una cuestión acerca de cómo se construye uno en varias relaciones, poseer una emoción es actuar apropiadamente en un escenario constituido culturalmente y tener memoria es tomar parte en un proceso de negociación y aprobación comunal (Cfr. Gergen, 1994b; Shotter, 1990). En efecto, todo lo que hemos definido hasta ahora como privado y separado del "otro" es conceptualizado como inherentemente relacional, inseparable de las actividades comunes.

El actual reto es, entonces, moverse de la circunstancia fortuita a la creación consciente y reflexiva de teoría cultural significativa. Al amparo de esta luz, podemos sentir satisfacción por el surgimiento de revistas como Theory and Psychology; Journal of Theoretical and Philosophical Psychology; Philosophy and Psychotherapy; New Ideas in Psychology; Feminism and Psychology; Journal of Constructivist Psychology y Journal for the Theory of Social Behavior. Todas representan movimientos importantes hacia la teoría generativa. Continúa siendo un interrogante si dichos medios pueden facilitar la comunicación con comunidades más amplias.

### El florecimiento de la metodología

Cambiemos del punto de vista del enriquecimiento intelectual al de los métodos de investigación en psicología. Ésta no es una ruptura clara en materias de estudio, puesto que nuestros presupuestos teóricos están íntimamente ligados con nuestros métodos de investigación (Cfr. Danziger, 1990). La observación comportamental en un experimento de laboratorio constituiría información degradada para un psicólogo profundo, y el centro de atención experimental sobre causas y efectos sería miope para el fenomenólogo. Esto es para decir que, a medida que extendemos el dominio de la teoría inteligible en psicología, también abrimos nuevas puertas a métodos de investigación. Lo contrario también puede ocurrir: a medida que exploramos nuevos métodos de investigación también pedemos transformar nuestras comprensiones teóricas. Más aún, diferentes metodologías cargan consigo diferentes valores o ideologías. En ocasiones, compramos el control sobre las variables al precio del secreto y la manipulación;

otros investigadores desean sacrificar el control por un compromiso más sensible y preocupado por aquellos que desean comprender. Los métodos, no menos que la teoría y los datos, contribuyen a inteligibilidades culturales y formas de vida.

En este dominio encontramos que los diálogos posmodernos han dado lugar a un florecimiento sin paralelo en la metodología de las ciencias sociales en general. La publicación de la segunda edición del muy exitoso Handbook of Qualitative Research, junto con la revista Qualitative Inquiry, corresponde a veletas significativas. Lentamente, estas innovaciones están comenzando a abrirse camino en la literatura psicológica. La preocupación posmoderna por la construcción lingüística de la realidad ha estimulado un nuevo e innovador rango de métodos para el análisis del discurso y la conversación (Van Dijk, 1985; Wetherell, Taylor y Yates, 2001). Se han dirigido crecientes esfuerzos no sólo a iluminar los patrones del discurso, sino a explorar críticamente sus ramificaciones interpersonales e ideológicas. Revistas como Discourse and Society, Discourse Studies y Journal of Language and Social Psychology son indicadores de esta explosión. En estrecha relación, los investigadores se han visto crecientemente involucrados en la exploración de la función central de las narrativas de autocomprensión, desarrollo humano y bienestar personal (Sarbin, 1986). El volumen de dicho trabajo ha conducido, entre otras cosas, a la creación de la serie de libros The Narrative Study of Lives y a la revista Narrative Inquiry.

Otros investigadores, interesados en la impotencia política de gran parte de la investigación psicológica y descontentos por las formas en que los métodos tradicionales distancian al científico del sujeto, han desarrollado un conjunto de métodos de investigación acción. El rango y la riqueza de dichos métodos --- en los que los investigadores normalmente trabajan con comunidades oprimidas, para lograr metas locales— se exploran ampliamente en el recientemente publicado Handbook of Action Research, Participative Inquiry and Practice (Reason y Bradbury, 2000). También debería mencionar a la vanguardia de los desarrollos en autoetnografía —la investigación en que el investigador usa su propia historia de vida para brindar comprensiones sobre el funcionamiento humano (Ellis y Bochner, 1996)—; existen también investigaciones polivocales en que los investigadores intentan dar voz a múltiples perspectivas de un fenómeno dado -como el acoso a los niños o vivir con sida (Lathery Smithies, 1997)—; finalmente, hay interesantes desarrollos en psicología performativa, en donde se realizan intentos para explorar y desarrollar la acción humana a través de representaciones públicas (M. Gergen, 2001). Quienes critican la explosión metodológica se preocupan por la fragmentación de la disciplina. Pero las preocupaciones por la fragmentación sólo son importantes si uno cree que debe prevalecer una única voz: una ontología, una epistemología y un código de valores para todos. Por el contrario, dentro del contexto posmoderno, se da la bienvenida a una plétora de métodos. Aquí abrimos la puerta a la multiplicidad de las tradiciones de las cuales somos parte, y a un diálogo subsiguiente con ilimitado potencial creativo.

# El enriquecimiento de la práctica

Finalmente, quisiera hablar de algunas contribuciones de la psicología a la práctica cultural. La visión moderna traza una distinción fuerte y jerárquica entre la generación de conocimiento y la aplicación de conocimiento a la práctica. Para la visión posmoderna está distinción se borra en gran medida. Las explicaciones teóricas del mundo no son los reflejos de un espejo, sino acciones discursivas dentro de una comunidad. En efecto, la teoría es en sí misma una forma de práctica. Como se argumentó antes, tal discurso puede ser de enorme importancia porque constituye una invitación a actuar en ciertas formas, por oposición a otras; en este sentido, la teoría puede ser constitutiva de la vida cultural. Sin embargo, ¿cómo podemos ir más allá del mundo discursivo de la profesión académica y enriquecer de modo más directo las formas de práctica que pueden servir mejor a la sociedad? Si la psicología inevitablemente es un cuerpo de prácticas culturales, ¿cómo podríamos aumentar el rango de lo que ahora está disponible?, ¿qué puede decirse acerca de gran parte de la profesión —aquellos involucrados en terapia, consejería, educación, evaluación, trabajo organizacional, y otras cosas—?

A pesar de que muchas prácticas psicológicas continúan siendo estrictamente convencionales, encontramos que en el dominio de lo práctico los diálogos posmodernos en psicología han tenido su impacto más diciente. En la comunidad terapéutica, por ejemplo, encontramos una multitud de nuevas prácticas basadas en una concepción de la terapia como reconstrucción de significado. Las terapias narrativas son los ejemplos más obvios (Cfr. White y Epston, 1990; McLeod, 1997) y están siendo practicadas alrededor del globo. Las terapias narrativas típicamente enfatizan la importancia de las historias con las que la gente comprende y vive sus vidas y la importancia funcional (o disfuncional) de estas historias dentro del medio cultural. La terapia breve, las terapias posmodernas y gran parte de la terapia sistémica también enfatizan la importancia del lenguaje en la construcción de las realidades en que vivimos (Anderson, 1997; De Shazer, 1994; Friedman, 1993). La reconsideración de las categorías y procedimientos diagnósticos ha estado estrechamente ligada a estos desarrollos en la terapia. Extensas críticas y una deconstrucción de las categorías tradicionales del DSM (Kutchins y Kirk, 1997; Hepworth, 1999) se han visto acompañadas de un interés por procedimientos dialógicos que expresen un círculo más amplio de partes involucradas. Aquí, los terapeutas de pensamiento avanzado están abandonando el psicodiagnóstico en favor de equipos, conformados por representantes de varias profesiones de ayuda, junto con los familiares y personas bien informadas de la comunidad. Estos equipos deliberan acerca de posibles formas de comprender al individuo dentro de su contexto, y la mejor manera de seguir adelante. Hasta el momento, los resultados han sido impresionantes en la reducción de las hospitalizaciones y la prescripción de drogas (Cfr. Seikulla *et al.*, 1995).

Por fuera del ámbito terapéutico, los psicólogos educacionales también se están dando cuenta de las limitaciones de la visión individualista del conocimiento, v las formas tradicionales de pedagogía centradas en el mejoramiento de las mentes individuales. Existe un particular interés en las orientaciones vygotskianas de la educación que enfatizan la relación entre profesor y estudiante (Rogoff, 1990; Holzman, 1997). Más radicalmente, los psicólogos están explorando las pedagogías colaborativas, procesos que intentan reemplazar la enseñanza jerárquica (de arriba hacia abajo) por diálogos productivos y más igualados en el salón de clases (Cfr. Wells, 1999). En la esfera organizacional, encontramos un fuerte movimiento preocupado por la construcción social de realidades organizacionales (Cfr. Weick, 1995). Los profesionales han desarrollado una variedad de nuevas prácticas que se apoyan en la narrativa y la metáfora para reducir el conflicto en las organizaciones e inspirar un cambio positivo. También me encuentro muy impresionado con el trabajo en la esfera médica que reta los universales biológicos del dolor y explora la construcción cultural de la enfermedad (Frank, 1995; Morris, 1998). Aquí encontramos que la experiencia del dolor y de la enfermedad puede depender en gran medida de los significados que se les asignen. La comprensión narrativa puede ser vital para nuestro bienestar físico.

#### Conclusión

En el mundo intelectual en general, los psicólogos se han destacado por su ausencia en los principales debates de los últimos 20 años. En efecto, por nuestro inmenso éxito autoorganizándonos, incurrimos en el riesgo de caer en la irrelevancia y degeneración última. En vez de cerrar nuestras puertas del laboratorio a la tormenta que nos rodea, existe una mayor fortaleza, ganada a través del diálogo constructivo. Como he tratado de demostrar aquí, con un examen prudente y cuidadoso de los argumentos, podemos surgir con una psicología mucho más rica y efectiva que la que jamás hemos conocido. Será una psicología repleta de recursos conceptuales, sensible a la ideología y a la historia, innovadora en sus métodos de investigación y fuente continua de prácticas nuevas y efectivas.

Será una psicología en la que el universalismo colonial se reemplazará por una conversación global entre iguales. Más importante aún, será una psicología que realice una contribución sin paralelos a la variedad de nuestras culturas y al mundo en general. Como he tratado de demostrar, existen valerosos comienzos de dicha psicología. Sin embargo, el futuro permanece pendiendo en la balanza. Las fuerzas inerciales de la rutina y los sentimientos sobre la verdad de las realidades del pasado son inmensas. ¿Podrían tomar lugar diálogos transformativos? Mientras nos encontramos hablando juntos ahora, estamos creando nuestro futuro.

### REFERENCIAS

Anderson, H. (1997), Conversation, language, and possibilities: A postmodern approach to therapy. Nueva York: Basic Books.

Apfelbaum, E. R. (2000), And now what, after such tribulations? Memory and dislocation in the era of uprooting. *American Psychologist*, 55, 1008-1113.

Asch, S. (1956), Studies of independence and conformity: A minority of one against a unanimous majority. *Psychological Monographs*, 70, 9 Whole No. 416.

Baltes, P. y U. M. Staudinger (2000), Wisdom: A metaheuristic (pragmatic) to orchestrate mind and virtue toward excellence. *American Psychologist*, 55, 122-136.

Berman, M. (1982), All that is solid melts into air: The experience of modernity. Nueva York: Simon and Schuster.

Billig, M. (1987), Arguing and thinking: A rhetorical approach to social psychology. Cambridge University Press.

Bohan, J. S. y G. M. Russell (1999), Conversations about psychology and sexual orientation. Nueva York: New York University Press.

Bruner, J. (1990), Acts of meaning. Cambridge: Harvard University Press.

Chasin, R., M. Herzig, S. Roth, L. Chasin, C. Becker y R. Stains (1996), From diatribe to dialogue on divisive public issues: Approaches drawn from family therapy. *Mediation Quarterly*, 13, 323-344.

Cole, M. (1996), Cultural psychology: A once and future discipline. Cambridge: Belknap.

Cooperrider, D. y D. Whitney (2000), A positive revolution in change: Appreciative inquiry. En D. Cooperrider, P. Sorensen, D. Whitney y T. Yaeger (Eds.), *Appreciative Inquiry*. Champaign: Stipes.

Csikszentmihalyi, M. (1990), Flow: The psychology of optimal experience. Nueva York: Harper and Row.

Danziger, K. (1990), Constructing the subject: Historical origins of psychological research. Cambridge: Cambridge University Press.

Danziger, K. (1997), Naming the mind: How psychology found its language. Thousand Oaks: Sage.

Denzin, N. K. y Y. S. Lincoln (Eds.) (2000), Handbook of qualitative research. Thousand Oaks: Sage.

Derrida, J. (1976), Of grammatology. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Descartes, R. (1960), Discourse on method. Baltimore: Penguin.

de Shazer, S. (1994), Words were originally magic. Nueva York: Norton.

Dickens, D. R. y A. Fontana (1994), *Postmodernism and social inquiry*. Nueva York: Guilford Press.

Dilthey, W. (1984), Selected writings. Cambridge: Cambridge University Press.

Edwards, D., M. Ashmore y J. Potter (1995), Death and furniture: The rhetoric and politics and theology of bottom line arguments against relativism. *History of the Human Sciences*, 8, 25-49.

Ellis, C. y Bochner (Eds.) (1996), Composing ethnography: Alternative forms of qualitative writing. Walnut Creek: AltaMira Press.

Fee, D. (Ed.) (2000), Pathology and the postmodern: Mental illness as discourse and experience. Londres: Sage.

Foucault, M. (1980), *The history of sexuality*, V. 1. Nueva York: Random House.

Frank, A. W. (1995), *The wounded storyteller: Body, illness, and ethics*. Chicago: University of Chicago Press.

Friedman, S. (Ed.) (1993), The new language of change: Constructive collaboration in psychotherapy. Nueva York: Guilford Press.

Frisbee, D. (1985), Fragments of modernity: Theories of modernity in the work of Simmel, Kracauer and Benjamin. Cambrige: Polity Press.

Gergen, K. J. (1994a), Exploring the postmodern: Perils or potentials? *American Psychologist.* 49, 412-416.

Gergen, K. J. (1994b), Realities and relationships: Soundings in social construction. Cambridge: Harvard University Press.

Gergen, K. J. (1999), An invitation to social construction. Londres: Sage.

Gergen, K. J. (2001), Social construction in context. Londres: Sage.

Gergen, M. (2001), Feminist reconstructions in psychology, Narrative, gender, and performance. Thousand Oaks: Sage.

Gergen, M. y S. Davis (Eds.) (1997), *Toward a new psychology of gender*. Nueva York: Routledge.

Graumann, C. F. y K. J. Gergen (1996), *Historical dimensions of psychological discourse*. Nueva York: Cambridge University Press.

Hare-Mustin, R. y J. Marecek (Eds.) (1990), Making a difference: Psychology and the construction of gender. New Haven: Yale University Press.

Harvey, D. (1989), The condition of postmodernity: An inquiry into the origins of cultural change. Oxford: Blackwell.

Held, B. (1995), Back to reality: A critique of postmodern theory in psychotherapy. Nueva York: Norton.

Hepburn, A. (2000), On the alleged incompatibility between relativism and feminist psychology. *Feminism and Psychology*, 10, 94-103.

Hepworth, J. (1999), The social construction of anorexia nervosa. Londres: Sage.

Hollinger, R. (1994), Postmodernism and the social sciences: A thematic approach. Thousand Oaks: Sage.

Holzman, L. (1997), Schools for growth: Radical alternatives to current educational models. Mahwah: Erlbaum.

Ibanez, T. y L. Iniguez (Eds.) (1997), Critical social psychology. Londres: Sage.

Kirschner, S. (1996), The religious and romantic origins of psychoanalysis: Individuation and integration in post-Freudian theory. Nueva York: Cambridge University Press.

Kuhn, T. (1970), The structure of scientific revolutions. Chicago: University of Chicago Press.

Kutchins, H. y S. A. Kirk (1997), Making us crazy, DSM: The psychiatric bible and the creation of mental disorders. Nueva York: Free Press.

Kvale, S. (Ed.) (1992), Psychology and postmodernism. Londres: Sage.

Lather, P. y C. Smithies (1997), Troubling the angels: Women living with HIV/AIDS. Boulder: Westview Press.

Lifton, R. J. (1993), The protean self: Human resilience in an age of fragmentation. Nueva York: Basic Books.

Locke, J. (1956), An essay concerning human understanding. Chicago: Henry Regnery.

Lutz, C. (1996), Cultural politics by other means: Gender and politics in some American psychologies of emotions. En C. F. Graumann y K. J. Gergen (Eds.), *Historical dimensions of psychological discourse*. Nueva York: Cambridge University Press.

Lyotard, J-F. (1984), The postmodern condition: A report on knowledge. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Marcus, H. y S. Kitayama (1991), Culture and the self: Implications for cognition, emotion, and motivation. *Psychological Review*, 98, 224-253.

- Martin, J. y J. Sugarman (1999), *The psychology of human possibility and constraint*. Albany: State University of New York Press.
  - McLeod, J. (1997), Narrative and psychotherapy. Londres: Sage.
- Middelton D. y D. Edwards (Eds.) (1990), *Collective remembering*, Londres: Sage.
- Milgram, S. (1974), Obedience to authority: An experimental view. Nueva York: Harper and Row.
- Mitchell, S. y L. Aron (Eds.) (1999), Relational psychoanalysis: The emergence of a tradition. Hillsdale: Analytic Press.
- Morawski, J. G. (1994), *Practicing feminisms, reconstructing psychology: Notes on a liminal science.* Ann Arbor: Univ. of Michigan Press.
- Morris, D. B. (1998), *Illness and culture in the postmodern age*. Berkeley: University of California Press.
- Myerson, G. (1994), *Rhetoric, reason, and society: Rationality as dialogue*. Londres: Sage.
- Neimeyer, R. A. (2001), *Meaning reconstruction and the experience of loss*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Nelson, J., A. Megill y D. McCloskey (Eds.) (1987), The rhetoric of the human sciences: Language and arguments in scholarship and public affairs. Madison: University of Wisconsin Press.
- Nightengale, D. y J. Cromby (1999), Social constructionist psychology: A critical analysis of theory and practice. Philadelphia: Open University Press.
- Paranjpe, A. C. (1998), Self and identity in modern psychology and Indian thought. Nueva York: Plenum.
- Parker, I. (Ed.) (1998), Social constructionism, discourse, and realism. Londres: Sage.
- Parker, I., E. Georgas, D. Harper, T. McLaughlin y M. Stowall-Smith (1995), *Deconstructing psychopathology*. Londres: Sage.

Poovey, M. (2001), A history of the modern fact: Problems of knowledge in the sciences of wealth and society. Chicago: Chicago University Press.

Potter, J. (1996), Representing reality: Discourse, retoric and social construction. Londres: Sage.

Potter, J. y M. Wetherell (1987), Discourse and social psychology: Beyond attitudes and behavior. Londres: Sage.

Prilleltensky, I. (1994), The morals and politics of psychology: Psychological discourse and the status quo. Albany: State University of New York Press.

Reason, P. y H. Bradbury (Eds.) (2000) Handbook of action research: Participative inquiry and practice. Londres: Sage.

Richardson, F. C., B. J. Fowers y C. Guignon (1999), Re-envisioning psychology: Moral dimensions of theory and practice. San Francisco: Jossey Bass.

Rogoff, B. (1990), Apprenticeship in thinking: Cognitive development in social context. Nueva York: Oxford University Press.

Rorty, R. (1979), *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton: Princeton University Press. Rosenau, P. M. (1992), *Post-modernism and the social sciences: Insights, inroads, and intrusions*. Princeton: Princeton University Press.

Sampson, E. E. (1993), Celebrating the other: A dialogic account of human nature. Boulder: Westview.

Sandel, M. J. (1982), *Liberalism and the limits of justice*. Cambridge: Cambridge University Press.

Sarbin, T. (Ed.) (1986), Narrative psychology: The storied nature of human conduct. Nueva York: Praeger.

Seikulla, J., J. Aaltonen, B. Alakare, K. Haarakanges, J. Keraenen y M. Sutela (1995), Treating psychosis by means of open dialogue. En S. Friedman (Ed.) *The reflecting team in action: Collaborative practice in family therapy.* Nueva York: Guilford Press.

Seligman, M. y M. Csikszentmihalyi (Eds.) (2000), Positive psychology. *American Psychologist* 55 (1).

- Simons, H. (Ed.) (1990), The rhetorical turn: Invention and persuasion in the conduct of inquiry. Chicago: University of Chicago Press.
- Slife, B. y R. Williams (1997), Toward a theoretical psychology: Should a subdiscipline be formally recognized? *American Psychologist*, 52, 117-129.
  - Smedslund, J. (1988), Psycho-logic. Nueva York: Springer-Verlag.
- Smith, B. H. (1997), Belief and resistance: Dynamics of contemporary intellectual controversy. Cambridge: Harvard University Press.
- Smith, M. B. (1994), Selfhood at risk: Postmodern perils and perils of postmodernism. *American Psychologist*, 49, 405-411.
- Spence, D. (1982), Narrative truth and historical truth: Meaning and interpretation in psychoanalysis. Nueva York: Norton.
- Stearns, P. N. y J. Lewis (Eds.) (1998), An emotional history of the United States. Nueva York: New York University Press.
- Steele, C. M. (1997), A threat in the air: How stereotypes shape the intellectual identities and performance. *American Psychologist*, 52, 613-629.
- Sugiman, T., M. Karasawa, J. H. Liu y C. Ward (Eds.) (1999), *Progress in Asian social psychology* V. II. Seúl: Kyoyook-Kwhak-Sa.
- Tolman, C. W., F. Cherry, R. van Hezewijk y I. Lubek (Eds.) (1996), *Problems of theoretical psychology*. North York: Captus.
- Valsiner, J. y R. van der Veer (2000), *The social mind: Construction of the idea*. Nueva York: Cambrige University Press.
- van Dijk, T. (Ed.) (1985), *Handbook of discourse analysis*. Londres: Academic Press.
- Walkerdine, V. (1988), The mastery of reason: Cognitive development and the production of rationality. Londres: Routledge.
  - Weick, K. (1995), Sensemaking in organizations. Thousand Oaks: Sage.

Wells, G. (1999), Dialogic inquiry: Towards a sociocultural practice and theory of education. Nueva York: Cambridge University Press.

Westmeyer, H. (Ed.) (1989), Psychological theories from a structuralist point of view. Berlin: Springer-Verlag.

Weltherell, M., S. Taylor y S. Yates (2001), Discourse theory and practice. Londres: Sage.

White, M. y D. Epston (1990), Narrative means to therapeutic ends. Nueva York: Norton.

Wittgenstein, L. (1953), *Philosophical investigations*. Trad. G. Anscombe. Nueva York: Macmillan.